



La Reacción a la Democracia Boliviana: Evitar los Errores Cometidos Respecto a Cuba

Dra. Waltraud Queiser Morales

DURANTE MÁS DE 50 años, la política del Gobierno de los EE.UU. ha sido la de promover la democracia en América Latina. La elección de Evo Morales como presidente de Bolivia es tal vez la prueba reciente más contundente que los países de la cordillera andina logran esta declarada meta política. Según se dice la elección de Morales le dio el primer verdadero mandato popular en la historia de Bolivia. El programa de Morales desde que asumió su cargo, ha incluido compromisos anti-extranjeros y anti-EE.UU. que han desconcertado algunos altos funcionarios encargados de formular la política en los EE.UU. (y hasta algún grado otros en Europa y América Latina). Como consecuencia, estos funcionarios han declarado que Morales es una amenaza. Sin embargo, esta reacción es prematura y podría socavar las políticas de los EE.UU. a largo plazo con respecto a los derechos humanos y valores democráticos.

El propósito de este ensayo consta de tres elementos principales: primero, considerar si las relaciones fracasadas de los EE.UU. con regímenes revolucionarios y reformistas en el pasado, especialmente con el régimen de Castro en Cuba, ofrecen lecciones para que los EE.UU. formulen una política eficaz hacia el nuevo gobierno de Morales; segundo, analizar los aspectos claves de la situación social, política y económica actual en Bolivia; y tercero, evaluar la validez de las inquietudes norteamericanas.

Los EE.UU. y los movimientos revolucionarios de América Latina

Los movimientos revolucionarios de América Latina han sido especialmente desafiantes a los intereses norteamericanos. Los EE.UU. han sido generalmente inconsistentes en cuanto a su metodología con

La Doctora Waltraud Q. Morales es profesora de ciencias políticas en la Universidad de Florida Central. Recibió su licenciatura de la Universidad Católica de los EE.UU., su Maestría y Doctorado de la Escuela Postgrado de Estudios Internacionales de la Universidad de Denver. Ella es especialista en asuntos internacionales y política comparativa con énfasis en Latinoamérica y en particular en la región andina, desarrollo en el tercer mundo y el cambio revolucionario comparativo. Ha publicado extensamente en su especialidad y es autora o coautora de cinco libros, lo más reciente siendo A Brief History of Bolivia (Checkmark Books, 2005). Ha recibido dos becas del Programa Fulbright y otra de la Fundación Nacional para las Humanidades.

estos movimientos y a menudo infieles a sus propias declaraciones de política o a los valores humanitarios y democráticos que supuestamente sustentan sus políticas.¹

Las políticas norteamericanas hacia el cambio revolucionario en el hemisferio (y en otras partes del mundo) han sido formados por tres factores; la consideración de las mayores preocupaciones estratégicas en otras regiones del mundo, especialmente el miedo de amenazas internacionales y rivalidades entre los Grandes Poderes;

imperativos ideológicos y morales tales como el anticomunismo y expansión democrática; y la protección de los intereses económicos del sector privado y el mercado libre.²

Como resultado, en casi todas las revoluciones principales de América Latina (México, Guatemala, Cuba y Nicaragua—Bolivia en 1952 siendo la única excepción), los EE.UU. consideraron el cambio revolucionario una amenaza a sus intereses. Se opinó que este cambio tendría efectos adversos en los inversionistas norteamericanas y disminuiría la influencia política de los EE.UU. porque los nuevos gobiernos adoptarían “políticas internas y exteriores más independientes y... [estarían] menos dispuestos a conformarse con las políticas de los EE.UU.”³

Para ser justos, en el ambiente de la Guerra Fría de esta época, la política norteamericana principalmente dependió de genuinas inquietudes de seguridad asociadas con la rivalidad de Grandes Poderes que creaban una situación de enfrentamiento entre las democracias occidentales y las naciones alineadas con la Unión Soviética comunista y la China maoísta. No obstante, las preocupaciones legítimas acerca de América Latina degeneraron en una obsesión con respecto al anticomunismo, una que observaba a los



El Secretario General de la ONU Kofi Annan y el Presidente de Bolivia Evo Morales Aima en Viena, Austria, 12 de mayo de 2006.

movimientos revolucionarios populares con recelo como nada más que sustitutos de la Unión Soviética y China comunista. Los formuladores de políticas estadounidenses justificaron las acciones subversivas y enfrentamientos militaristas con respecto a los regímenes revolucionarios de la región, incluyendo aquéllos en Guatemala y Cuba, al subrayar la necesidad de detener el curso del comunismo.

En 1954, ocurrió una intervención en Guatemala, cuando una operación paramilitar de la CIA derrocó el gobierno democráticamente electo de Jacobo Arbenz. Como sugiere su nombre en clave, la Operación *Success* (Éxito) inicialmente fue vista como una victoria política, pero sólo fue un éxito en el sentido más pragmático y superficial, y sólo a corto plazo.⁴ En los años posteriores, Guatemala cayó en 30 años de autoritarismo, guerra civil y al final, el genocidio étnico que causó miles de vidas. El caso de Guatemala difícilmente podría ser considerado un éxito a largo plazo cuando se lo compara con la norma de valores de derechos humanos sobre los cuales se cimentaron los EE.UU. De hecho, sólo recientemente se ha constituido un sistema que se presenta como la democracia en Guatemala. La persistente amargura y el legado de la violencia

política desencadenada en la década de los 50 han dejado una profunda huella por mucho tiempo en el proceso político del país.

Los EE.UU. y Castro

Las políticas similarmente torpes y miopes de los EE.UU. hacia Cuba innecesariamente forzaron a Fidel Castro a alinear Cuba con el Bloque Soviético para que su régimen sobreviva. Subsecuentemente siguieron todas las consecuencias de un enfrentamiento de guerra fría, incluyendo una casi catástrofe nuclear.

Desde el comienzo de la revolución cubana, los diseñadores de políticas y expertos de inteligencia evaluaron a Castro como una figura que podría ser potencialmente muy influyente en la región debido a su personalidad fuerte y carismática. De hecho, las evaluaciones de los EE.UU. expresaron una prudente pero abierta admiración hacia Castro. Un memorándum de la CIA en 1959 describió a Castro como “un nuevo líder espiritual de las fuerzas democráticas y antidictatoriales en Latinoamérica.”⁵

Como consecuencia, los diseñadores de las políticas norteamericanas inicialmente establecieron una “política de paciencia” hacia Castro. Los expertos de esa época consideraban que las metas establecidas por Castro para su nuevo régimen eran imprecisas, y que, en lugar de emplear una plantilla predeterminada, el régimen se desarrollaba por medio de un proceso de “acrecentamiento diario”.⁶ De hecho, Castro luego admitió que sus “primeras ideas no eran verdaderamente marxistas y su posición al asumir el poder era un tanto ‘idealista’ y ‘utópica’.”⁷ Por lo tanto, la primera reacción de los EE.UU. era completamente favorable: rápidamente reconocieron al nuevo gobierno y enviaron un embajador más comprensivo a Cuba.⁸

Durante los primeros meses Castro siguió un programa principalmente reformista. Cabe señalar que no empleó comentarios anti-norteamericanos, prometió respetar la constitución cubana de 1940 y renunciar a la expropiación de propiedades privadas, especialmente de los bienes norteamericanos, que eran abundantes.⁹ Poco tiempo después, sin embargo, debido a una reacción aparente ante las consecuencias de políticas norteamericanas en otras partes de la región y debido a las lecciones

aprendidas del derrocamiento de Arbenz en Guatemala, Castro comenzó a sostener públicamente que para sobrevivir la revolución cubana no podía, “darse el lujo de establecer un proceso democrático.”¹⁰

Las evaluaciones de los EE.UU. se convirtieron en sospechas a medida que Castro comenzó a actuar independientemente, manteniendo una postura desafiante hacia los EE.UU. y resonando las críticas de su percibida intervención en asuntos económicos y políticos internos de Cuba. Los formuladores de las diversas políticas de los EE.UU. también estaban preocupados por el creciente culto que se estaba formando en torno a la personalidad de Castro y el ejemplo establecido por la revolución cubana mientras que rápidamente ganó influencia en toda la región. Cuando Castro visitó Venezuela en marzo de 1959, el jefe de estación de la CIA en Caracas dijo, “Me pareció como si después de que Castro asumió el poder ocurrió algo parecido a una reacción en cadena en toda Latinoamérica... existía una nueva fuerza poderosa en movimiento en el hemisferio. Tenía que ser enfrentado.”¹¹ En esta época, los funcionarios norteamericanos se sentían inquietos tanto con el estilo de caudillismo en el liderazgo de Castro como con sus tendencias marxistas o cualquier contacto que posiblemente tuviera con Moscú y Pekín a principios de la revolución.¹²

En poco tiempo, el programa de Castro consistente en neutralizar a los oponentes políticos y consolidar el poder en sus manos generó la ira y enemistad del Gobierno de los EE.UU. Los EE.UU. habían ejercido la influencia primordial sobre los asuntos políticos y económicos de Cuba desde 1898, y los esfuerzos de nacionalizar algunos bienes económicos, así como el creciente acercamiento a Moscú, sonó la alarma en Washington. Sin embargo, lo que pareció antagonizar más al gobierno del Presidente Dwight D. Eisenhower era “el desafío abierto y beligerante de Castro respecto a la primacía política de los EE.UU. en el hemisferio.”¹³

Retrospectivamente, los formuladores de políticas de los EE.UU. no entendieron que las acciones de Castro abarcaban preocupaciones legítimas y populares respecto a la soberanía política y económica de Cuba. Asimismo eran

ciegos con respecto al hecho de que el régimen de Castro era totalmente dependiente del apoyo de un patrocinador externo para asegurar su estabilidad y supervivencia. La política basada en intimidación, amenazas y represalias económicas sólo hizo que Castro y sus seguidores sean más intransigentes hacia los EE.UU. y más susceptibles a las propuestas de otros Grandes Poderes Mundiales. Entre estos últimos, el único patrocinador viable era la Unión Soviética, que buscaba activamente otras vías para incrementar su influencia.

Como consecuencia, según el entonces embajador norteamericano en Cuba Philip W. Bonsal (que anteriormente estaba asignado en Bolivia), la reacción arbitraria y torpe de los EE.UU. logró “impulsar a la Unión Soviética en los brazos de Castro.”¹⁴ Junto con el analista de Latinoamérica Cole Blasier, Bonsal también ha sugerido que la decisión de los EE.UU. de reducir su cuota de azúcar (sumamente vital a la economía cubana) y armar una fuerza en exilio dio a Castro la excusa perfecta para hacer lo que no pudo o no quiso hacer: romper toda relación con los EE.UU. En las palabras de Bonsal, los EE.UU. estaban—“imprudentemente dispuestos a eliminar los obstáculos de”—el giro de Castro hacia los soviéticos.¹⁵ Blasier concluye que “los efectos de las políticas norteamericanas hacia Cuba eran diametralmente opuestos a sus propósitos, y... resultaron ser totalmente autodestructivos.”¹⁶

La situación comenzó a empeorar después de marzo de 1960, cuando Eisenhower dio la luz verde a la CIA para organizar y adiestrar una fuerza contrarrevolucionaria.¹⁷ Hasta este punto, tal vez tan tarde como el 16 de abril de 1961—el día que Castró declaró que la revolución cubana era

“socialista”—las políticas de Castro aun podrían haber sido moderadas y las relaciones entre Cuba y los EE.UU. normalizadas.¹⁸ Sin embargo, el próximo día la CIA inició el fiasco en la Bahía de Cochinos (Playa Girón), y después de eso todo fracasó. Puesto que los EE.UU. no apreciaron las metas nacionalistas y humanista-socialistas de Castro, y en lugar de emplear las políticas cuyas metas eran humillar y aislar el régimen, Cuba se convirtió en la vía principal para la influencia soviética en Latinoamérica. Al fin, la agenda revolucionaria de Castro transformó y empeoró las condiciones para la sociedad cubana (por lo menos en términos económicos y democráticos) y completamente deterioró las relaciones entre Cuba y los EE.UU. hasta el presente.



Fidel Castro habla con integrantes de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Cuba en su base en Jagüey, Cuba, durante la invasión de Playa Girón, abril de 1961.

Lecciones aprendidas: Guatemala y Cuba

Los casos de Guatemala y Cuba ofrecen una lección de política exterior: ambos regímenes pudiesen haber sido influenciados y moderados mediante relaciones normalizadas con los EE.UU. ocasionando menores daños al desarrollo democrático y las vidas humanas. En particular, la reacción de los EE.UU. ante la revolución cubana—la invasión de Playa Girón—era “uno de los raros eventos de la historia—un fracaso completo,” que en realidad logró consolidar el régimen autoritario de Castro internamente y mejorar su imagen internacional.¹⁹ Al mismo tiempo, socavó la imagen pública de los EE.UU. en el hemisferio y el mundo.

Los diseñadores de políticas en los EE.UU. deben apreciar la importancia y la viabilidad de modelos alternativos de desarrollo socialistas e híbridos. Muchos bolivianos (especialmente la población y comunidades nativas mayoritarias) se oponen a la “privatización” y las políticas neoliberales que traicionaron el espíritu de la revolución de 1952 al beneficio del sector élite e inversionistas extranjeros.

Estos casos también subrayan el cuestionamiento moral de que si es apropiado que los EE.UU. limiten la revolución o reformas democráticas en un país dado, como fue presenciado en los casos de Arbenz en Guatemala, Salvador Allende en Chile y Morales hoy en día en Bolivia. Para los EE.UU., todos estos casos (y Cuba también) sugieren una lección importante: la manera más eficaz de alentar el cambio democrático y socioeconómico en un gobierno revolucionario o reformista y mejorar la estabilidad regional a largo plazo es llegar a un compromiso y trabajar en conjunto con estos gobiernos. De lo contrario, los conflictos entre los EE.UU. y este tipo de gobiernos se convierten en enfrentamientos que

desafían el derecho que tienen una sociedad de determinar su propio destino político—y esa es una metodología imprudente en una época en la cual la política de los EE.UU. ostensiblemente tiene la meta de expansión democrática. Esta lección es aún más importante a medida que los EE.UU. pretenden definir sus relaciones con Morales en Bolivia.

Las lecciones de Cuba aplicadas a Bolivia

La elección de Morales confirmó la clara preferencia del Pueblo boliviano por las soluciones democráticas y subrayó la resistencia de las instituciones estatales de Bolivia.²⁰ La historia y anteriores desgracias de la política exterior sugieren que la meta más destacada de la política de los EE.UU. en Bolivia—y en todas partes de América Latina—debe ser la de facilitar a las instituciones representativas y respetar los gobiernos democráticos, aún si parecen que afectarán los intereses norteamericanos.²¹ La reacción de Washington hacia Morales debe ser gradual y constructiva. El Gobierno de los EE.UU. no debe reaccionar de manera exagerada a la retórica anti-EE.UU. y antiimperialista que emplea Morales para recobrar sus seguidores. Los formuladores de políticas deben considerar la reacción política errada de los EE.UU. con respecto a Castro en 1959 como un ejemplo instructivo en la actualidad.

Las relaciones entre Cuba y los EE.UU. a principios de la revolución sugieren varias precauciones para las relaciones actuales y futuras entre Bolivia y los EE.UU. En primer lugar, este es un momento crucial para influir las relaciones con el gobierno de Morales. Sus políticas no se definen completamente y son idealistas e utópicas, como fueron las de Castro en 1959. Segundo, no se puede sostener la posición anti-EE.UU. de Morales sin el apoyo de un tercer elemento. Aunque en 1952 el gobierno revolucionario en Bolivia no tuvo acceso al apoyo externo como lo tuvo Castro en 1960, Morales lo tiene hoy en día: saca provecho de sus alianzas estrechas con Castro y Hugo Chávez. De hecho, Bolivia es para Venezuela lo que Cuba era para la Unión Soviética—un lugar estratégico para ejercer y demostrar su influencia y contrarrestar las metas de los EE.UU.²² La mayoría de los bolivianos

viven en un nivel de absoluta pobreza y no les interesa la ideología ni la geopolítica; acogen con brazos abiertos la asistencia económica de Venezuela y Cuba. Además, el ambiente ya antinorteamericano en Bolivia amplía las prominentes “acciones cívicas” y la asistencia humanitaria recibidas de Caracas y La Habana.²³

La reacción pragmática a la metodología de Morales hacia Chávez podría ser más asistencia económica para Bolivia por parte de los EE.UU. en lugar de menos; de hecho, los EE.UU. podrían reemplazar a Venezuela para llegar a ser el patrocinador exterior. Para hacer esto, será necesario desvincular el apoyo lo más posible del “acondicionamiento”, ya sea si abarca los modelos de consenso de Washington o la erradicación de coca y la lucha antidrogas.

La globalización eficaz y el apoyo de los EE.UU. pueden ayudar (o impedir) los esfuerzos de Bolivia de lograr el desarrollo económico. El apoyo de los EE.UU., acuerdos de comercio y arreglos de tarifa no deben depender de políticas económicas estrictas basadas en un “consenso de Washington”; los diseñadores de políticas en los EE.UU. deben apreciar la importancia y la viabilidad de modelos alternativos de desarrollo socialistas e híbridos. Muchos bolivianos (especialmente la población y comunidades nativas mayoritarias) se oponen a la “privatización” y las políticas neoliberales que traicionaron el espíritu de la revolución de 1952 al beneficio del sector élite e inversionistas extranjeros. La oposición al neoliberalismo ha provocado la rebelión popular en contra de previos presidentes. Los formuladores de políticas en los EE.UU. deben entender que una recaída por parte de Morales en este asunto impedirá el desarrollo y estabilidad democrática de su gobierno. Los EE.UU. deben mantener la flexibilidad con respecto a la “nacionalización” del sector energético boliviano y ayudar a la nación desarrollar eficaz y justamente su último gran recurso. La “Guerra del Gas” de 2003 en Bolivia y el referéndum en 2004 confirmaron el apoyo abrumador por una nueva ley de gas.²⁴ El decreto promulgado por Morales en mayo de 2006 que “nacionalizó” la industria gasífera representa la culminación de este proceso y es el punto central de la continuación de su credibilidad y apoyo popular.

Además de resistir la tentación de vincular el apoyo a ciertas condiciones, los EE.UU. deben reconsiderar cómo distribuir este apoyo. Durante las últimas dos décadas, la mayoría de los fondos invertidos en Bolivia han sido dedicados a la erradicación de la coca, la militarización de la “guerra antidrogas” en la cordillera los Andes, el desarrollo de cultivos alternativos y los esfuerzos realizados para fortalecer el débil sistema de justicia criminal de Bolivia. En cambio, el apoyo debe enfatizar el desarrollo económico y humano a nivel local y la interacción entre personas (tales como la asistencia médica y educacional que han sido proporcionadas por Cuba y Venezuela). A pesar de la inversión de US\$ mil millones de apoyo por parte de los EE.UU. desde el retorno a la democracia en 1985, casi US\$ 100 millones es ya sea invisible al Pueblo o simplemente considerado (aún resentido) como interesado o manipulador.

Ningún asunto por sí solo—tal como la política antidrogas de los EE.UU.—debe dominar la política general del mismo con Bolivia. Una obsesión con la producción cocalera sólo envenenará las relaciones entre Bolivia y los EE.UU. afectando los intereses a largo plazo de seguridad nacional de los EE.UU. Las actuales políticas para la guerra antidrogas en los Andes no han reducido el suministro de drogas ilícitas y han causado daños colaterales en Bolivia y la región.²⁵ Como es el caso con las sanciones económicas contra Cuba, la política antidroga en Bolivia ha sido inflexible y contraproducente. La presión existente para lograr específicas metas antidrogas ha tenido un efecto desestabilizador en términos económicos y políticos que contribuyó a la caída de anteriores gobiernos bolivianos.²⁶ La erradicación de coca es una manzana de discordia entre los gobiernos de Bush y Morales. En lugar de enfatizar la erradicación y la reducción forzosa de cultivos, los EE.UU. deben considerar en serio los usos alternativos de la coca y su comercialización—un plan que ha propuesto Morales (como lo hicieron otros presidentes bolivianos). Los cocaleros bolivianos no son “narco-cultores” ni vinculados con las redes terroristas internacionales. Definir el problema de drogas en Bolivia como una amenaza terrorista sólo complicará su resolución y contribuirá a la inestabilidad. Los cocaleros principalmente

buscan ganarse un sustento viable; por lo tanto, el desarrollo y crecimiento económico sostenible enfrentará el problema del narcotráfico en el país en su punto de origen.²⁷

La producción de coca no es sólo un asunto económico, sino también uno cultural: irónicamente, dada la oposición de los EE.UU., la hoja de coca es un símbolo especialmente poderoso de identidad étnica, orgullo nacional y desafío antiimperialista (es decir anti-EE.UU.). Futuros esfuerzos deben tomar en cuenta estas actitudes.

Ver la situación como es

El mundo fuera de los EE.UU. casi universalmente considera la elección de Morales como una victoria histórica para la democracia, los derechos indios y el populismo nativo internacional. Morales promueve causas populares y promete el cambio radical. Es un hombre del Pueblo, no un miembro de la élite económica educada, y

La manera más eficaz de alentar el cambio democrático y socioeconómico en un gobierno revolucionario o reformista y mejorar la estabilidad regional a largo plazo es llegar a un compromiso y trabajar en conjunto con estos gobiernos.

ha sido electo por la mayoría de la población en una de las elecciones más limpias en la historia de Bolivia. Un hombre de sus propias obras, informalmente educado y con experiencia política limitada, Morales ganó cuando se presentó como candidato para el Congreso en 1997, recibiendo también uno de los votos de confianza más altos en esta elección. Hoy en día, su gobierno es representativo de todo el Pueblo boliviano, y no sólo de la clase política. Muchos de sus ministros no son políticos profesionales sino más bien radicales educados en universidades y líderes de los movimientos nativos, laborales, campesinos y sociales del país, entre los cuales se pueden contar varias mujeres e indios. Como el primer

presidente de un movimiento laboral-campesino radical (sindicalismo), Morales también puede ser el primer presidente socialista electo.

Mucho antes de asumir la presidencia, Morales fue líder de la Federación Cocalera. Durante el desempeño de este papel, despertó la militancia y radicalismo laboral-campesino y llevó el movimiento a una prominencia nacional. Sólo unos meses después de asumir su cargo como presidente Morales fue re electo jefe de la federación, haciéndolo simultáneamente el líder de un sindicato campesino nacional y jefe del estado. Mientras que esto representa un posible conflicto de intereses, también puede dar a Morales más influencia para moderar las exigencias de los cocaleros e influenciarlos políticamente. Esta afinidad puede ayudar a su gobierno a cumplir las promesas y reformas electorales dentro del imperio de la ley y legitimidad constitucional—en otras palabras, por medios democráticos. Después de siete presidentes en seis años, el Pueblo boliviano está desesperado por lograr la estabilidad política y la continuidad democrática.

Se desconoce hasta que grado Morales y su partido político, el Movimiento al Socialismo (MAS) implementarán verdaderos principios socialistas de economía política en Bolivia. Aunque favorece la típica retórica antiimperialista y anti-globalización, Morales no es un marxista dogmático; es un pragmatista cuya orientación ideológica es más nativa que comunitaria. Además, ha prometido gobernar justamente, no guiado por un dogma marxista-leninista, pero de acuerdo con ancianos principios éticos de la cultura Aymara-Quechua: “No sea perezoso, no robe, no defraude, no mienta.” Algunos de los asesores y ministros más estrechos de Morales, tal como Andrés Solíz Rada, el Ministro de Hidrocarburos, son marxistas y anti-globalistas, pero Morales sigue un camino más pragmático hacia la reforma. Cuanto tiempo continuará en este camino depende en gran parte de la reacción a su gobierno y políticas por parte los EE.UU. y la comunidad internacional.

La Nacionalización: ¿Una prueba de fuego?

Los diseñadores a menudo han asociado la nacionalización con regímenes izquierdistas y marxistas. La expropiación de propiedades



CIA

Se ha acabado la indemnización para agricultores bolivianos en la región de Chapare, que recibieron US\$ 2.500 por hectárea a cambio de voluntariamente erradicar sus cultivos a mano. Los cultivos que se han sembrado después de 1988 ahora están sujetos a la expropiación forzosa sin indemnización.

norteamericanas enfrió sus relaciones con los EE.UU. y ha seguido siendo un gran obstáculo a la normalización. Por lo tanto, la “sorpresa” del 1º de mayo de 2006 que declaró la “nacionalización” del sector petrolífero y gasífero y la “ocupación” militar de las operaciones extranjeras despertó implicancias negativas y reacciones políticas en Washington. No obstante, el decreto sugiere que la moderación en lugar del radicalismo puede ser el estilo de Morales. De hecho, la acción no fue sorprendente, una nacionalización, ni una ocupación. Durante su campaña electoral y viaje pos inaugural al extranjero, Morales frecuentemente aludió a su intención de nacionalizar los recursos energéticos del país (y simultáneamente prometiendo a respetar los derechos de propiedad privada). Además, un 80% de los votantes en el referéndum del año 2004 había respaldado la nacionalización, y cuando el predecesor de Morales, el Presidente Carlos Mesa Gisbert, no cumplió con esto, precipitó su salida

prematura. En este contexto, la nacionalización de Morales era “nada más que una renegociación de contrato que hace mucho tiempo fue necesaria y esperada pero con el pretexto de populismo.”²⁸ Gracias a esta “renegociación”, el estado aumentó la proporción de la producción de las principales concesiones desde aproximadamente un 18% hasta un 82%. Aunque el Gobierno incrementó su proporción de la producción energética por un 350%, la acción de Morales en realidad no nacionalizó la industria; sino fue una “nacionalización simbólica” que sirvió para apaciguar la agenda de nacionalización y levantar el índice de popularidad de Morales, que había disminuido (pero nunca menos de 65%) en los meses después que había asumido su cargo.²⁹ El decreto también fue una maniobra estratégica para influir la votación en las elecciones de la Asamblea Constituyente que estaban en curso, y para fortalecer el apoyo para el partido de Morales.³⁰ La reacción de los ciudadanos al

decreto indicó que la mayoría de los bolivianos— incluso aquéllos que no votaron por Morales y que generalmente oponen sus políticas—respaldó la “nacionalización”. Aunque las propiedades privadas de los EE.UU. no serán afectadas en gran medida, el decreto preocupó a los diseñadores de políticas en los EE.UU., puesto que el respeto para la propiedad privada por mucho tiempo ha sido una prueba de fuego para los EE.UU. con respecto a los gobiernos de Latinoamérica. Es posible que los diseñadores de políticas bolivianos hayan aprendido del caso cubano y han seguido principalmente evasivos en sus comentarios públicos ante las reacciones norteamericanas.

Mucha de la preocupación de los EE.UU. acerca de Morales ha concentrado en el rol creciente en Bolivia de Hugo Chávez, que aplaudió el decreto de “nacionalización” de Morales como una ocurrencia “histórica”. Es claro que Morales considera a Chávez, así como a Ernesto “Ché” Guevara y Fidel Castro, como uno de sus héroes. Es sumamente claro que las raíces políticas de Morales, así como las de Chávez, yacen en las revoluciones sociales tales como las de México, Cuba, Nicaragua y, por supuesto, la de Bolivia. A diferencia de su mentor venezolano, Morales tiene fuertes credenciales y credibilidad democráticas.³¹ Morales y el MAS fueron electos por una abrumadora victoria democrática y populista sin precedentes. Después de décadas de desempates en los cuales los principales candidatos presidenciales no podían lograr una mayoría absoluta en la primera ronda de votación, Morales ganó el 54% de los votos, un mandato popular claro y contundente. Este mandato fue uno a favor del cambio, la inclusión (especialmente de los grupos pobres y nativos), el desarrollo económico y la justicia social; en breve, fue un voto para la democracia verdadera y eficaz.

La elección de Morales representó también un mandato para reconfirmar la soberanía y autonomía nacional sobre las políticas internas de Bolivia, incluyendo la producción de coca, el desarrollo económico, los recursos naturales y las relaciones exteriores. Es lógico que, dada la tremenda influencia que históricamente han tenido los EE.UU. en todos estos asuntos, y especialmente desde 1952, el mandato de Morales implica la mayor autonomía de los EE.UU. El desafío para la política exterior de los EE.UU.

será cómo apoyar el desarrollo democrático de Bolivia y mientras que alientan a Morales a seguir un camino democrático independiente, uno que no depende de la revolución bolivariana de Chávez y su generosidad.³²

En el pasado, los EE.UU. enfrentaron a gobiernos que siguieron políticas independientes de los cuales desaprobaban. Pero Bolivia ha sido un caso interesante y un tanto anómalo. A diferencia de otras partes, la política de los EE.UU. con respecto al Gobierno revolucionario de Bolivia en 1952 y sus sucesores democráticos era constructiva y de apoyo; llegó a ser el fundamento para más de una década de relaciones estrechas y cooperadores.³³

El Cambio Democrático vs. Revolucionario

La elección de Morales en 2005 puede representar un momento decisivo para la democracia en Bolivia y Latinoamérica y puede reformar la imagen de los EE.UU. en el hemisferio. Históricamente, la Doctrina Monroe—una política de contención—y el énfasis en la seguridad y hegemonía a costa de la democracia popular han sido dañinos a los principios y credibilidad de los EE.UU. Se diseñó el interludio de derechos humanos del Presidente Jimmy Carter a fines de la década de los 70 para rehabilitar la política exterior de los EE.UU., como la Política de Buen Vecino del Presidente Franklin Roosevelt en 1933 rehabilitó la Doctrina Monroe al renunciar la intervención; no obstante, en reacción a la revolución sandinista en Nicaragua en 1979 y en las guerras civiles en otras partes de América Central, los EE.UU. reconcentraron sus políticas en la contención y la contrainsurgencia. Como consecuencia, por más de una década se sacrificó el desarrollo democrático en la región a favor de intereses de seguridad nacional a corto plazo.

Hoy, los EE.UU. tienen una oportunidad de ayudar a Bolivia a ser un modelo de consolidación y desarrollo democrático. En lugar de reaccionar emocional y precipitadamente ante la elección de Morales, como hicieron los EE.UU. en el caso de la revolución de Castro, una colaboración más constructiva y cooperadora con el Gobierno de Morales promoverá los intereses de ambos países a largo plazo.**MR**

NOTAS

1. Cole Blasier, *The Hovering Giant: U.S. Responses to Revolutionary Change in Latin America* (Pittsburg, Pensilvania: University of Pittsburgh Press, 1976). Publicado hace más de 30 años, el análisis de Blasier pudiera ser el primero estudio comparativo de las reacciones de los EE.UU. al cambio revolucionario. El estudio incluye las fracasadas reformas en Guatemala en 1954, pero predata la revolución en Nicaragua de 1979. Muchas de sus observaciones también se pueden aplicar en este caso.

2. *Ibid.*, pág. 232.

3. *Ibid.*, pág. 211.

4. Peter Kornbluh, editor, *Bay of Pigs Declassified: The Secret CIA Report on the Invasion of Cuba* (Nueva York: The New Press, 1998), pág. 8. Véase también Nick Cullather, *Secret History: The CIA's Classified Account of Its Operations in Guatemala, 1952-1954* (Stanford, California: Stanford University Press, 1999); Piero Gleijeses, *Shattered Hope: The Guatemalan Revolution and the United States, 1944-1954* (Princeton: Princeton University Press, 1991); Stephen Schlesinger y Stephen Kinzer, *Bitter Fruit: The Untold Story of the American Coup in Guatemala* (Nueva York: Doubleday, 1982); Richard Immerman, *The CIA in Guatemala* (Austin, Tejas: University of Texas Press, 1982).

5. Kornbluh, pág. 6.

6. Blasier, pág. 182.

7. *Ibid.*

8. *Ibid.*, pág. 179. También Philip W. Bonsal, *Cuba, Castro, and the U.S.* (Pittsburg, Pensilvania: University of Pittsburgh Press, 1971).

9. *Ibid.*, pág. 179; véase pág. 183 para las cifras de las estrechas relaciones de comercio e inversiones de los EE.UU. con Cuba. Para otras interpretaciones similares y variables, véase Wayne S. Smith, *The Closest of Enemies: A Personal and Diplomatic Account of U.S.-Cuban Relations since 1957* (Nueva York: W.W. Norton, 1987), pág. 43; Hugh Thomas, *Cuba: The Pursuit of Freedom* (Nueva York: Harper and Row, 1971); Richard E. Welch Jr., *Response to Revolution: The U.S. and the Cuban Revolution, 1959-1961* (Chapel Hill, Carolina del Norte: University of North Carolina Press, 1985).

10. *Ibid.*, pág. 185.

11. Kornbluh, pág. 7.

12. *Ibid.*, pág. 6. Véase también Anatoly Fursenko y Timothy Naftali, *"One Hell of a Gamble": Khrushchev, Castro, and Kennedy, 1958-1964* (Nueva York: W.W. Norton, 1997).

13. Blasier, pág. 194. Véase también Thomas G. Paterson, *Contesting Castro: The United States and the Triumph of the Cuban Revolution* (Nueva York: Oxford University Press, 1994). Paterson sostiene que los funcionarios de los EE.UU. estaban más preocupados con la "posición neutralista del Tercer Mundo" de Castro y sus aspiraciones de "convertirse en un líder antiimperialista hemisférico si no internacional", un tipo de Nasser caribeño, pág. 257. Paterson cita a un funcionario del Departamento de Estado que pensó que los EE.UU. no deben ceder a Castro" o "nos darían patadas en todas partes del hemisferio", pág. 255.

14. Citado en Blasier, pág. 198. Véase también Jorge I. Domínguez, *To Make a World Safe for Revolution* (Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 1989). Domínguez piensa que los EE.UU. impulsó a Castro a los brazos de los soviéticos.

15. Blasier, pág. 208. También Welch, págs. 10 y 26. Paterson cita al embajador Bonsal diciendo que "Rusia acudió al auxilio de Castro solo después que los EE.UU. habían tomado pasos para derrocarlo," pág. 258.

16. Blasier, pág. 205. El primer ministro soviético Nikita Khrushchev anunció en ese entonces que la Doctrina Monroe estaba difunta y que "Castro tendrá que gravitar hacia nosotros como una limadura de hierro a un imán". Khrushchev citado en Arkady Shevchenko, *Breaking With Moscow* (Nueva York: Alfred A. Knopf, 1985), pág. 105.

17. Blasier, págs. 190-91. Véase también Trumbull Higgins, *The Perfect Failure* (Nueva York: W.W. Norton, 1987).

18. Blasier, pág. 200.

19. El historiador Theodore Draper, citado en Kornbluh, págs. 2-3.

20. Mark Falcoff, "The Last Days of Bolivia?" *American Enterprise Institute for Public Policy Research* (junio), en la Internet en <www.aef.org>. Para más información, véase Kent Eaton, "Bolivia en una Encrucijada" *Military Review* (julio-agosto de 2006): págs. 19-25;

Ramiro Orias Arredondo, "Bolivia: Democracy under Pressure," en Russell Crandall, Guadalupe Paz, y Riordan Roett, editores, *The Andes in Focus: Security, Democracy and Economic Reform* (Boulder, Colorado: Lynne Rienner Publishers, 2005), págs. 45-65; y Waltraud Queiser Morales, *Bolivia: Land of Struggle* (Boulder, Colorado: Westview Press, 1992).

21. Por ejemplo, la polémica con Bolivia y otros gobiernos de Latinoamérica que ratificaron el tratado de la Corte Criminal Internacional pero rehusaron a firmar un protocolo que exime a los integrantes de las Fuerzas Armadas de los EE.UU. de la jurisdicción de la Corte cuando operan en el país podría resultar dañino. La suspensión de adiestramiento y apoyo militar de los EE.UU. a Bolivia causará daños a las importantes relaciones militares bilaterales y cerrar un camino valioso para la cooperación.

22. Para esta interpretación también, véase Juan Forero, "U.S. Aid Can't Win Bolivia's Love as New Suitors Emerge," *The New York Times*, 14 de mayo de 2006, pág. A4.

23. *Ibid.*

24. La Guerra del Gas de 2003 era una serie de manifestaciones realizadas por la población nativa y el sector laboral en contra de las políticas del gobierno de la industria gasífera que se percibían favorecer las empresas energéticas foráneas. Y así, fue la más reciente instancia del descontento popular acerca de la mala administración de los recursos naturales de Bolivia. Durante la "guerra," que derrocó al Presidente Gonzalo Sánchez de Lozada y le causó a ir a Miami, los soldados del gobierno mataron más de 60 manifestantes. El referéndum de 2004 era un esfuerzo del sucesor de Sánchez de Lozada, el Presidente Carlos Mesa Gisbert, de dominar el descontento con el gas al encuestar a los bolivianos como querían administrar la industria gasífera. El referéndum sugirió la nacionalización, pero no llegó a solicitarla directamente.

25. Coletta A. Youngers y Eileen Rosin, editoras, *Drugs and Democracy in Latin America: The Impact of U.S. Policy* (Boulder, Colorado: Lynne Rienner Publishers, 2005). Youngers concluye que la política de control de drogas de los EE.UU. ha socavado la democracia y el desarrollo democrático en la región y subraya las áreas de preocupación: "la expansión del rol de las FF.AA. en los esfuerzos de controlar el flujo de drogas; roles inapropiados que son asignados a las fuerzas policíacas; violaciones de derechos humanos; restricciones de las libertades civiles; el fomento de la inestabilidad política; socavar el proceso de la toma de decisiones a nivel local; la carencia de claridad y responsabilidad; y abusos que surgieron de la erradicación forzosa de cultivos empleados en la producción de drogas", pág. 342. Asimismo Sewall H. Menzel, *Fire in the Andes: U.S. Foreign Policy and Cocaine Politics in Bolivia and Peru* (Lanham, Maryland: University Press of America, 1996).

26. Waltraud Q. Morales, *A Brief History of Bolivia* (Nueva York: Facts on File, 2004), págs. 230-234; y Youngers y Rosin, págs. 350-351.

27. Youngers y Rosin, págs. 352-53.

28. "Journal of Bolivian Business and Politics," bitácora de la web de Jonathan Olguin, un boliviano que estudia en la Universidad Estatal de Florida, en la Internet en <<http://b2bolivia.blogspot.com/>>.

29. *La Prensa*, La Paz, 3 de mayo de 2006, en la Internet en <www.laprensa.com/bo/hoy/especial/especial101.htm>.

30. Las elecciones para la Asamblea Constituyente tenían lugar a principios de Julio de 2006. El partido MAS de Morales ganó más de la mitad de los escaños, pero no alcanzó la mayoría de dos tercios necesaria para autorizar la enmienda de la constitución.

31. Por ejemplo véase, Javier Corrales, "Hugo Boss, How Chávez is Refashioning Dictatorship for a Democratic Age," *Foreign Policy* (enero-febrero de 2006): págs. 32-40.

32. El Coronel (Retirado) Max G. Manwaring, Ejército de los EE.UU., "El Nuevo Maestro del Ajedrez Mágico: El Verdadero Hugo Chávez y la Guerra Asimétrica," *Military Review Hispano-American* (enero-febrero de 2006): págs. 17-29. Específicamente, el Coronel Manwaring pregunta: "¿Cuáles son las medidas más eficaces para apoyar un país que está bajo la mira del bolivarianismo para resistir este llamamiento revolucionario?"

33. Véase Kenneth D. Lehman, *Bolivia and the United States: A Limited Partnership* (Athens: University of Georgia Press, 1999) y el punto de vista opuesto de Laurence Whitehead, *The United States and Bolivia: A Case of Neo-Colonialism* (Londres: Haslemere Group, 1969).